



¿Esto es Dios?



Nadia Villafuerte

—¿Quién?
—La que fui
Elena Garro

VERA SE MIRA CON LA EXCUSA de que una cosa se parece a otra, nunca se destruye nada. Hace un mohín de odio que la imagen de sí misma repite. Y además, es insoportable cuando alguien se entromete en el propio espejo. Frente a ella, sólo es una mujer de cabellos rojos y rostro nervioso (gestos frenéticos, ojos inquisitivos): en resumen, en una visión de conjunto, huye sin saber muy bien de qué: jamás ha tenido una particular afinidad al mar, ni a los paisajes, ni a nada que le produzca la sensación de horizonte. Pero como una voz interior le advierte: “Ir hacia donde está tu miedo” y a ella le gusta obedecer, los ojos se dulcifican. Toma un libro, coloca ropa en la mochila y decide gastar lo que le queda en la tarjeta bancaria. En realidad una amiga la ha invitado a su ciudad. El lugar donde la amiga vive se llama San Luis de la Paz, y el puro nombre a Vera le inspira calma, la imagen de un pueblo desalmado que le permita deprimirse hasta el fondo, hasta que sus ojos adquieran ese brillo especial de cuando está, por ejemplo, frente a una situación sin salida.

La primera y única parada que el camión hace desde la salida del Distrito Federal es en Querétaro; luego continúa su camino que lento oscurece y cuya negrura se rompe con las luces eléctricas de fábricas en los márgenes. Plantas industriales, prueba de que la belleza puede brillar también en las pequeñas ruinas del mundo. Las fondas salpican el camino: lugares a donde llegan los trailereros a cenar mientras la crecida y amarilla luna de agosto ilumina de vez en cuando el vestido de la mesera en turno, el hoyito de sus medias gastadas en donde caben todas las conjeturas eróticas posibles. Y a Vera le agradan los sitios de paso: se siente en intimidad y compañía con los desconocidos que avanzan o regresan.

Ya en la terminal de autobuses de San Luis de la Paz, se sienta a esperar. La calle empedrada posee la cualidad pétreo de un arroyo abriéndose en medio de la noche. Son las diez y no hay nadie en las calles, todas las tiendas están cerradas y lo único capaz de romper el equilibrio es una camioneta con música de banda

a todo volumen. Por fin Tina se asoma desde el auto: le invitaría un trago salvo porque la ve llegar con sus dos hijos y su madre. Los niños tienen facciones muy distintas a los de su amiga, eso la sorprende aunque supone que es normal: después de todo los hijos son siempre “otras personas”.

La casa de Tina posee la frescura de la piedra. Después del intercambio epistolar necesario, Vera se queda en el cuarto más cercano al jardín: y se recuesta y abre su libro y no enumera borregos pero sí propósitos: 1. Tengo que inventarme cosas continuamente. 2. Me resulta difícil mirar a las personas sin transformarlas en liebres y gallinas. 3. No pienso en competir. 4. ¿Cuántos números lograré llenar? ¿Qué cosa preferiría llenar? Creo que mi cerebro. Lástima que en mi cerebro haya un parásito.

Finalmente deja el libro y toca, con la punta de sus dedos, la silueta de un gatito que atraviesa la ventana por el otro lado del cristal. En qué momento se duerme, eso tampoco lo sabemos. Lo cierto es que se levanta y detrás de la cortina ya hay sol y exclama como si lo hiciera con una declaración de principios: hay que acumular hechos indiscriminadamente, hasta que debamos escapar otra vez.

Tras bañarse y desayunar, Tina anuncia que irán a un sitio llamado Victoria. Con suerte, se dice

Vera por lo bajo, Victoria tendrá algo que ver con las cervezas que tanto se le antojaron anoche. Antes de partir, Vera echa un vistazo al interior de la casa. Es esta mujer que seguimos: el cabello rojo, el overol, los zapatos tenis caminando de puntitas, la mirada curiosa deteniéndose en los títulos de los libros que yacen en el librero. Si nos acercamos, también nosotros lograremos verlos mejor: está B. Traven, Rulfo por sentido común, Maquiavelo, revistas de mecánica, un libro sobre el partido comunista y las guerrillas latinoamericanas, uno de cocina, dos tomos de teatro de Shakespeare y uno más demasiado largo: *El cocinero, el ladrón, su esposa y su amante*. En síntesis: caos y precariedad, dos conceptos que estremecen a Vera frente a las claras identificaciones: se puede hacer con los títulos de los libros una definición de cualquier cosa, seña de que la empatía constituye una suerte de lenguaje privado anterior al subterráneo de la conciencia.

“Estamos listos”, dice Tina con una sonrisa sincera. Tina. Es una mujer tranquila, una de esas que logra vivir como si nada fuera definitivo. No es plenitud, sólo se trata del tipo de personas que no se alteran ni con un refrigerador descompuesto, y menos, en absoluto, con encontrarse a sí mismas como a menudo recomiendan los terapeutas, algo que nuestra Vera jamás haría: su voz es lo último que ella querría hallar.

Instaladas en el auto, pasan por tres personas más: la tía de Tina (una mujer de rostro porcino) y dos niños de ojos enmielados, güeros y pecosos que no parecen mexicanos sino más bien nórdicos. La extrañeza de estar en un lugar extranjero dentro de su mismo país. Una condensación de azul, aire y lejanía.

Después de tanta demora salen de San Luis de la Paz y por la interestatal Vera puede apreciar la extensa soledad del campo incendiándose para dejar la estela de un resplandor seco. El lapsus bucólico se interrumpe aquí, pues de pronto Vera está frente a un montón de vacas que han salido de los costados e invaden los dos carriles. El auto avanza a vuelta de rueda hasta que un burro les impide el paso. El problema no reside en la aproximación sino en la intensidad de esos ojos: qué van a saber de la melancolía. Y no tienen expectativas sin fondo, como nosotros.

Apenas se zafan de la multitud, continúan la marcha hasta llegar a una pequeña aldea rodeada de bosque. Aparecen dos mujeres y alguien a quien Tina ha llamado “El maestro”. “Maestro”, dicen Tina y su madre, y le besan la mano al hombre (quién sabe lo que Vera está pensando de él a partir de su vestimenta: ropa de manta, el típico pastor de ovejas hippie). Otra vez se siente incómoda, Vera, con las facciones de las desconocidas: los ojillos negros de simios, las narices chatas, las bocas en puchero, el cabello chino enraizado al cráneo.

“El maestro”, así lo llamará Vera de ahora en adelante (porque ella es escéptica pero no irrespetuosa frente a una barba blanca), la conduce a un cuarto en el que, de un hilo, penden tres, cuatro violines. Mi hijo es laudero, aclara el viejo, pero a Vera

le produce una emoción confusa aquel espacio lleno de herramientas para la carpintería, agrietado por una ventana donde entra sin permiso el ramaje de un árbol, un fulgor que se adensa y por donde uno podría perderse con facilidad, como en un cuento de hadas: la naturaleza y sus efectos góticos.

Le disgusta mucho la falta de pulcritud. El gorro jamaquino del viejo le hace pensar de inmediato en los mugrosos setenteros que, en nombre de la marihuana y el peyote, de Carlos Castaneda, María Sabina y Bob Marley, fantasean y claman por una época con sus falsas expectativas extraviadas en algún televisor.

Pobre Vera: tan prejuiciosa, tan histriónica, tan susceptible que se deja llevar por todo lo que mira: las pieles de zorro sobre unos tambores, la improvisada cocina, los ladrillos de una casa en perpetua construcción, los pies resecos de las mujeres, los niños que hacen





Fotografía: Thinkstock

de sus toallas capas de superhéroes (¡Que muera, que muera, la virgen de la cueva!, cantan, y Vera piensa que así no va el estribillo), un crío arrastrado por los colmillos de una gata, y sobre todo, las moscas, cientos de moscas que hacen que nuestra invitada sacuda las manos una y otra vez (tratamos de atenuar la luz para que pueda sentirse cautiva).

“Se pide permiso para entrar y permiso para salir”, le dice el viejo cuando ella viola el espacio donde se prenderá el fuego para calentar las piedras del temazcal. Y Vera, tan susceptible a las órdenes y las llamadas de atención, respira profundo y cierra los ojos, luego los abre tratando de memorizar el escenario. Ve borregos y se dice: yo soy un borrego e igual que ellos descubriré, antes de morir, que era posible dibujar un universo a mi manera con un dibujo diferente, aunque a esas alturas ya sea tarde. Ve rocas como un ejército de hombres a punto de caer sobre el pueblo. Aspira el dulce olor del ixtle, del maíz, de los chiles poblanos y las semillas secas. Escucha a una anciana hablar de su país de origen, El Salvador, y citar al Che Guevara, a Fidel Castro, a Sandino, a los revolucionarios que proyectaban una gran energía sexual a las mujeres. Escucha a Tina contar que en realidad tuvo tres hijos y no dos, pero que el segundo, de cuatro años de edad, murió hace poco, ahogado en un pozo.

Silencio: uno que cumple con la función de crear una tupida alfombra de hojas secas por donde ese niño, el hijo de Tina, corre hasta perderse.

¿Qué es nuestra Vera, sumida en su permanente insatisfacción, frente a esto? Eso se pregunta mientras se dirige al lugar donde las piedras ya están cuajándose de fuego. Para cuando esto ocurre, se suma el murmullo de voces: desde aquí contamos: serán al menos doce personas quienes

entren al reservorio. Nuestra Vera, ya sabemos, prefiere apartarse de la gente: así es ella, teme el contacto humano y quién lo diría, está ahí para ofrecerse a un rito comunitario.

Y tampoco sabe qué es un temazcal pero ya tiene barro untado sobre la piel, trae puesta una camiseta que le prestó Tina, bebe el líquido rojo ofrecido por una señora con turbante. Oye que alguien dice: “El temazcal se me ha vuelto un vicio”, y entonces Vera, que eso sí, es bastante viciosa, tiene un buen presentimiento y se hinca para que la sahúmen y besa la tierra antes de entrar a la choza y repite igual a los demás: “Esto es Dios”. Por supuesto que Vera no cree en Dios y cuando piensa en Dios en realidad se imagina un hombre mordeándole el cuello y devolviéndola a la cama.

Dentro, el temazcal parece un horno crematorio. Por un lapso Vera se somete a la irracional inercia y ésta es su primera sensación: como si intuyera que en algún momento están allí para ver cuánto tardarán en comerse el uno al otro.

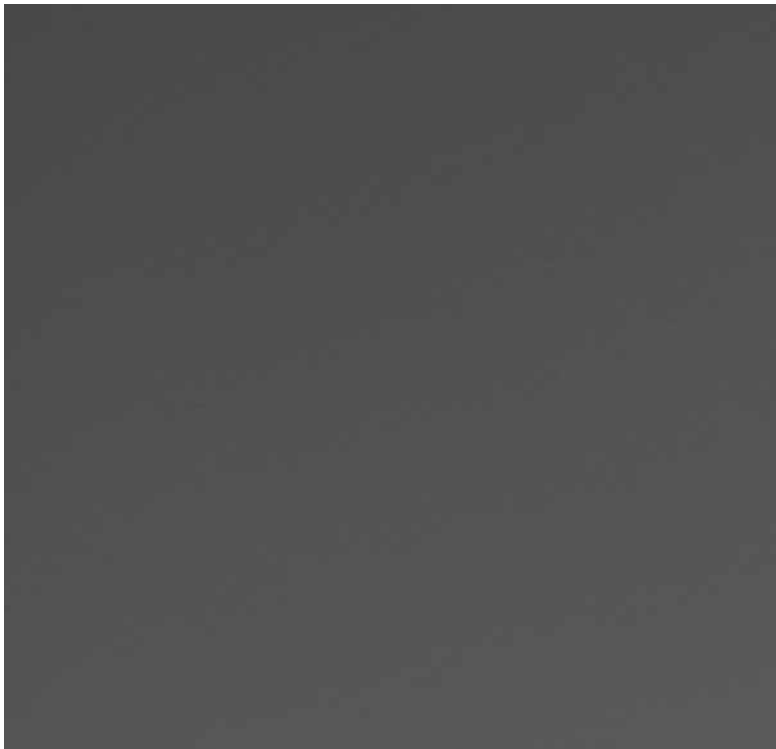
Procura tener menos expresión en tu rostro, tu desprecio es demasiado evidente, cálmate Vera. Y poco a poco su cuerpo cede. Su corazón obstinado y rojo quiere salirse por la boca como un trozo de carne que no ha podido digerir bien. La adormece el olor a azahar y a yerbabuena, el vapor desprendido de las piedras cuando el tridente que maneja “El maestro” las coloca en el centro para ser rociadas con agua. La puerta se cierra, los participantes ululan evocando a los

búhos. Vera procura entender, pero los gritos jamás han tenido sentido ni referencia.

Comienzan las oraciones. Hay quien pide por los migrantes, por México y Estados Unidos, por los enfermos, por los muertos y por los vivos, por quienes están en la cárcel, por la casa que nunca pensaron tener, maldito capitalismo, por los árboles y por los animales, pero Vera sólo farfulla “Esto es Dios”, al unísono. Prosperidad y salud. Un brindis. Fíjense bien: están escuchando a una mujer que en el fondo tiene miedo del castigo y miedo de la cólera de un Dios a quien no conoce y a quien querría decirle: una aquí con la cabeza entre las rodillas, y tú guardándote de darme una patada o de echarme si no le doy un significado a mi vida, aunque sea uno mínimo, pero es justo ese mínimo significado lo que yo no perdono. De existir, Dios debería estar preguntándoles: “¿Por qué no reaccionan? ¿Dónde está su fibra?”, concluyendo: “No tienen, son dulces y obedientes, existen culpables y contentos, y así es como debe ser”.

Quién sabe cuánto tiempo pasa, lo cierto es que Vera ya no siente sus brazos, la flexibilidad de sus rodillas, se lleva a la cara las ramas de azahar para no asfixiarse. Ellos, los extraños, han llegado hasta ahí para dejar su envidia, su lujuria, su avaricia, su egoísmo, su mal humor, su apatía, su flojera, su soberbia. En una palabra: parecen totalmente libres. Luego Vera deja de oírlos: qué más da si ella es igual o peor. Porque repite lo dicho por otros, siempre le ha gustado adecuarse a los demás, pero miente: cuando vaya de vuelta, la estará esperando un mundo con una voluntad y unos deseos distintos a los suyos. Y los deseos siempre son salvajes: cuando no lo son, resultan simples aspiraciones.

Pero, aunque jamás lo admita, llega un momento en el que Vera comienza a poblar su mente de lugares



lejanos: la casa de sus padres, la niñez, los juegos con muñecas de papel recortadas de figurines, las carreras en bici por el monte, las sábanas ondeando en el tendedero. Y advierte que la música de la infancia vuelve y las montañas vuelven y la navegación de un eclipse y el lenguaje a su boca vuelven, la boca llena de árboles y seres acuáticos, también los fragmentos de un mundo roto se adhieren otra vez para edificar el momento en donde Vera intenta poner de pie todo su carácter y personalidad. ¿Pero acaso tengo personalidad?, y suelta una carcajada frente al desconcierto de “El maestro”. En cuanto al carácter, Vera siempre se sintió atraída por los pavorrales y su promesa de desprenderse de la tierra para echarse a volar y confundir el cielo con una tarjeta postal que nadie debería atreverse a abrir para conservar intacto su misterio.

“El maestro” está junto a ella y la mira con fijeza, no le apetece darle una mano para levantarla, así de extraña le parece nuestra mujer. Y ella acepta su recelo y se dirige sola al pozo, donde el resto de la gente se



baña con agua fría para limpiarse el barro, las hojas de azahar. Cuando Vera está vistiéndose, se observa en el reflejo de un vidrio: su piel resplandece y los contornos se han vuelto más afilados y precisos. Tal vez sea hora de entrar a una cantina y acariciar una cerveza, pájaro dorado, en la mano. O de comprobar con entusiasmo que todos los días a la misma hora es exactamente la misma hora en el reloj. Tener serena posesión sobre ese trayecto con principio, medio y *grand finale* seguido de silencio y de lluvia que cae.

Cuando entra a la cocina, las personas ya no le son tan extrañas, ni el lugar tan sucio como le pareció al inicio. Sí: algo ha cambiado. Todos comen con avidez los alimentos que la anciana salvadoreña ha preparado mientras se consumaba el temazcal. Quiere creerles, quiere creer que las almas encuentran reposo aunque estén dispuestas a cometer el mismo delito una y otra vez con la indolencia de lo cotidiano. Que el amor brota en el suelo, alegre entre los matorrales. Que a pesar de los buenos propósitos, todos anhelan el desastre. Que

no hay sueño más grande que la vigila y viceversa. Que existir nunca ha sido lógico. Que los momentos ordinarios de la vida hay que levantarlos de lo temporal y lanzarlos a los perros y a las estrellas. Algo cambió después de todo, aunque Vera crea que no existe mayor placer que el de equivocarse. La luna está llena y altísima, como si alguien la hubiera colocado sobre la noche con un alfiler.

Decide regresar al día siguiente. Desea estar sola. Es justo al estar sola cuando se engaña con facilidad. Y ese poco de engaño la hace feliz. En realidad, las apariencias le gustan. Las apariencias son la gran prueba, el resarcimiento de todas sus enfermedades. El trayecto otra vez: kilómetros y kilómetros bajo un cielo rosado como la encía de un leopardo. Por allá, el cláxon de un tráiler; de aquel lado, un poco de montañas rojas que se van quedando atrás y, sobre todo, un plano horizonte que no tolera y la hace preguntarse: ¿a qué hora aparecerá un descapotable corriendo en zigzag (detrás la sirena policiaca) para lanzarse a la hondonada?

Cuando llega a su departamento, Vera se tiende sobre el sofá. Algo se mudó de sitio: ¡maldición!, y debería hallarlo. Pero el departamento es pequeño y está iluminado con una lámpara con bombilla ahorradora, cuya luz opaca no basta para espantar la oscuridad. Y observa cómo la sencillez de los objetos se hunde en la penumbra. Menos ella. Está posponiéndolo pero finalmente se detiene en los contornos del espejo: y de frente, mira cómo esa mujer de cabellos rojos, una sombra flaca con metabolismo rápido y gran apetito y un umbral bajísimo para soportar las frustraciones (la misma que la hace vacilar todo el tiempo, la que le abre desmesuradamente la boca con tijeras, quien nunca quiere moverse del suelo porque le gusta cavar y esconderse), esta vez le da la espalda y desaparece tranquila, con su aprobación. ¿La oyen alejarse? 